

Arte y Cultura

Comentario de Ignacio Valente.—

Carlos León: "El Hombre de Playa Ancha"

He visto una sola vez a Carlos León, en una circunstancia difícil de olvidar. El Presidente Frei había invitado a La Moneda, para una consulta informal, a un cierto número de escritores de diversas tendencias, con el fin de conversar sobre una entidad imponderable que suele llamarse "política cultural". Los escritores —casi todos— hicieron lo suyo: pedir, pedir al gobernante libros, subsidios, ayudas editoriales, etc. Al final, desde un rincón de la larga mesa, un hombre de rostro cejuto y hablar vacante tomó la palabra y no pidió nada; al contrario, expuso pacientemente las condiciones materiales adversas en que se habían escrito las grandes obras literarias: sin ayuda del Estado, sin subsidios, sin tiempo libre, sin prosperidad, sin compañía, dolorosamente. Siguió a sus palabras un incómodo silencio, que algunos aprovecharon para hacer lo mismo que yo: preguntar al vecino el nombre de ese igualitario. Era Carlos León el que desentonaba en ese coro peliagudo, invocando los capiteos de Cervantes, Dostoiévski, León Torg y otros.

Por entonces, yo no había leído nada suyo. Y pasaron años antes de encontrarme con su talento, en esa crematística novela llamada *Todavía*. A continuación del, en forma retrospectiva, su libro para niños: *donde abro: relojes, oraciones, sembranzas*. Su libro apareció a fines del año pasado, *El hombre de Playa Ancha* (Meridiana Editorial) es una elección de crónicas publicadas en "La Korda" de Valparaíso, a las que se han añadido algunas crónicas inéditas. No siempre se trata de crónicas. Hay algunas cuentos brevísimos con cierto aire de Maupassant, un relato que más parece capítulo suelto de una novela, y una extensa fantasía final "a la manera de Conan Doyle". En suma, el género es muy diverso, y el factor común es esa prosa rápida, concisa, esencial, simple, que sólo a Carlos León en la misma familia narrativa de Gogol, León, González Vera, Ernesto Montenegro y, a su manera, Alas y Enrique Bunster.

La segunda crónica comienza así: "Por razones que no merecen consignarse, a mediados del año 1951 fui de radicarme en la ciudad de...". La mayoría de los escritores suele pensar que sus razones —los que se van— al merced conlignan, y de hecho las conlignan, alargando inutilmente la relación de los hechos. Carlos León posee una sobriedad inflexible para no hacerse el interesante, incluso para casi desaparecer en la narración de hechos personales donde es

protagonista: se reduce a un amable y escueto punto de vista. A su vez, ese mirador se va al centro de opinturas y corrientes del mundo y juicios sobre lo divino y lo humano. La saga es una vez humilde y sin pretensiones, que hilvana recuerdos personales, situaciones casi todas en Valparaíso, Temuco o Valdivia, con una compañía silenciosa y por lo general trada, con leves toques de ironía y una cierta facilidad para reírse de sí mismo.

Esta resolución de crónicas de un día no marca el punto más alto del estilo de Carlos León. La deficiencia más frecuente es la falta de desarrollo: el final no siempre cierra o clausura, a veces simplemente se deslucha. A algunas crónicas les falta incluso materia prima: es el caso de las que relatan su estancia en hospitales y su admisión por ciertos escritores y artistas; tres que en ellas —4 o 5 de las 38— el deseo de agradecer o rendir homenaje a ciertos médicos y poetas portados ha maltratado al autor, aunque esos artículos están muy bien como peridismo, ya no los habría incluido en un libro como este, donde se pide a cada pieza que entretenga o haga pensar, y se tenga en pie por su propia consecuencia verbal y humana, cosa que, por lo demás, Carlos León consigue en la mayoría de los casos. Por lo mucho que admiro su narrativa, me hubiera gustado que ella durara siempre, o casi siempre.

Una vez hechas estas reservas, diré lo mejor de *El hombre de Playa Ancha*. Los personajes que esta prosa diligada se ha propuesto rescatar del olvido son gentes arduas, vidas íntimas, seres de paso por una persona, por una ciudad o por una vida. Cosa curiosa: son esos seres fugaces los que más nos interesa conocer. La Zarabita de la pensión leonesa, la joven desconocida y triste que escribe al autor, el leonés de Los Angeles que cae en las manos de Ferrandino, la alumna arábita que se enamora malamente en la universidad, o el chico de la casa vecina, son mucho más interesantes que alguna eminencia médica a quien el autor debe la vida, alguna eminencia pedagógica a quien debe su instrucción, o alguna eminencia literaria a quien él admira. Estos últimos están allí con su presencia insignificante y algo triste, imprimiendo, en cambio, están lejos de sí durante el esfuerzo insistente de su aparición en escena. A veces continúan "el caso humano", "la vida humana" que parece flir y hasta refuta a tantos escritores de fuera, pero que Carlos León no desprecia porque sabe trabajar bien, sin melodrama: con humanidad, en una palabra.

Otras veces la nota es plañidera: "De pronto llegó un tal Pirio, de Santiago; tenía las fajas navales abiertas, la risa fácil,



Carlos León: "el hombre de playa ancha" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos León: "el hombre de playa ancha" [artículo] Ignacio Valente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile